

lor y denuedo con que todos y cada uno de mis soldados han sabido guardar el honor de las armas mexicanas; pero recomiendo a Ud. muy particularmente al C. Manuel Banuet que en nada ha desmentido su conocido valor, así como al C. Andrés Montiel que sacó del combate al zuavo que me infirió la herida.

Doy a Ud. las más cumplidas enhorabuenas por el feliz éxito del triunfo de ese día, y concluyo protestándole que luego que medianamente restaure mi salud, volveré a ponerme al lado de los soldados que tengo la honra de mandar, para continuar prestando mis pocos servicios.

Libertad y Reforma. Puebla, Mayo 7 de 1862. — JOSE SOLIS.—C. General en Jefe Ignacio Zaragoza.

Es copia. Puebla, Mayo 9 de 1862. — LAZARO GARZA AYALA, Secretario ”

## Apuntes Biográficos del Sr. Gral. IGNACIO ZARAGOZA

El Gral. D. Ignacio Zaragoza nació en la Bahía del Espíritu Santo [Texas] el 24 de Marzo de 1829. Hizo su educación primaria en Matamoros primero, y después en Monterrey, capital del Estado de Nuevo León, en donde comenzó sus estudios secundarios en el Colegio Seminario. Empero el joven Zaragoza no tenía vocación para la carrera del foro ni de la iglesia, únicas que allí podía seguir, y al pasar su familia a Monterrey, dedicose él al comercio en aquella Ciudad.

Por aquel tiempo comenzaron a organizarse las milicias cívicas o guardias nacionales, y entonces Zaragoza fué de los primeros que voluntariamente se inscribieron. Nombráronle sus compañeros Sargento Primero, y así fué como se alistó en las filas del pueblo el que más tarde había de alcanzar tan imperecedera gloria en la carrera de las armas. En 1853, ya capitán, Zaragoza marchó con una compañía de Nuevo León pa-

ra Tamaulipas y allí puede decirse que dió comienzo a su brillante carrera. En Mayo de 1855 Zaragoza, que pertenecía por convicción y por sentimientos al partido liberal, pero que había comenzado su carrera en el ejército de Santa Ana, se alistó en las huestes liberales. El 23 del mismo año vencieron éstas en el Saltillo a las que mandaba el General Woll, y Zaragoza sobre el campo de batalla en que había desplegado tanta serenidad y valor, recibió el grado de Coronel, y emprendió después algunas marchas para el interior y para la frontera amagada por los filibusteros.

Derrocado el gobierno de Santa-Ana y establecido el constitucional de Comonfort, se expidió el estatuto Lafragua que tan mal recibido fué de la Nación y que produjo el levantamiento de algunos Estados. Zaragoza, fiel a sus deberes, tomó parte en aquella campaña. Una comisión le había llevado a Monterrey; allí tuvo ocasión de hacerse notable una vez más por su energía y valor. Las fuerzas del Estado habían sido derrotadas el 30 de Septiembre, a una jornada de la ciudad por las de Tamaulipas. Ni un soldado había en la Plaza que al día siguiente debía ser ocupada. Zaragoza convoca al pueblo para la Ciudadela, nombre que se daba en Monterrey a unas paredes situadas al Norte de la población, parte de un templo que iba a construirse. Agrúpanse allí los que resuelven resistir, y a la cabeza de ellos Zaragoza. El jefe tamaulipeco les intima rendición, y le contesta Zaragoza: "Desde luego puede Ud. comenzar sus operaciones militares". Aquella resistencia fué fructuosa. En tres días no pudo el enemigo tomar aquella débil posición cuyos parapetos estaban casi destruidos, y entretanto los sitiados reciben un auxilio, y los sitiadores levantan el campo.

Hallábase Zaragoza en la capital de la República, el 11 de Diciembre de 1857 cuando el Presidente Comonfort dió el Golpe de Estado; y cuando el 17 de Enero siguiente los reaccionarios lo desconocieron, pronunciándose en el convento de Santo Domingo, y se rompieron las hostilidades, Zaragoza tomó parte en la contienda con unos cuantos rifleros del Norte, y re-

veló desde entonces lo que la causa que defendía podía esperar de él.

"El partido reaccionario, dice un escritor distinguido refiriéndose a esta época, dueño de la capital de la República, auxiliado por los cuantiosos bienes del clero, escudado por la triple coraza del hábito, de la aristocracia y del fanatismo, emprendió con la Reforma una lucha suprema, en que salió, en que no podía dejar de salir vencido, porque no hay ya resistencia eficaz contra la idea democrática del progreso, sol de nuestro siglo, nuncio del porvenir, fuente de perfectibilidad, de cuyas aguas brotará la regeneración del mundo. En la terrible prueba de los combates no tardó en llamar la atención un joven fronterizo, bizarro en la pelea, obediente a sus jefes, suave con el soldado, leal, pundonoroso, sin pretensiones, sin celos: era el ciudadano Ignacio Zaragoza. Sus revelantes cualidades no desmentidas después, pronto le colocaron en puestos superiores, en los que fueron siendo cada vez más eminentes sus servicios. En ese largo período no dejó las armas de la mano, y en ninguna de las acciones en que se encontró, que fueron muchas y reñidas, dejó de ir ganando fama en su irrepreensible comportamiento."

De buen grado seguiríamos paso a paso la historia de ese período de la vida de Zaragoza; pero necesitaríamos traspasar los límites que nos hemos impuesto, y habremos de resignarnos a remitir al lector a la interesante y detallada viografía de Zaragoza, escrita por el Sr. D. Manuel I. Gómez, impresa por García Torres en 1862. Nosotros a grandes rasgos trazaremos esa biografía, destinada como las demás de nuestro libro, a presentar los caracteres de los personajes, sus hechos más notables, más bien que ciertos detalles, para los cuales sería indispensable una historia y no un libro de consulta.

En el sitio de Guadalajara, después de la separación de Don Santos Degollado del mando en jefe del Ejército Federal, y por estar ausente en aquellos días González Ortega, Zaragoza, por el voto de sus compañeros se puso a la cabeza de sus tropas, y se mostró

como siempre, digno de aquella prueba de confianza, negándose a entrar en tratados de paz con Márquez, a quien echó en cara su alevosa conducta y a quien derrotó completamente. Esto pasaba en Noviembre de 1860. Las armas liberales avanzaron triunfantes a la Capital de la República y Zaragoza entregó el mando a González Ortega que estaba ya restablecido de sus males, quedando de cuartel-maestre, con cuyo carácter concurrió a la batalla de Calpulalpan (Diciembre de 1860), en que le cupo una parte gloriosísima.

Reinstalado en México el gobierno constitucional, hubo todavía necesidad de acabar con el resto del ejército reaccionario, y Zaragoza, campeón de cuya lealtad y de cuyo valor no podía dudarse, prestó nuevos e importantes servicios. Poco después [Abril de 1861], Zaragoza que se hallaba en Puebla, fué llamado a ocupar el Ministerio de la Guerra, en que desde luego se hizo notar por la prudencia, aplomo y oportunidad de sus disposiciones, por su notable actividad, por su consagración exclusiva al cumplimiento de sus deberes y por su celo infatigable en perseguir los restos de ejército reaccionario, contribuyendo así al memorable triunfo de Pachuca (20 de Octubre de 1861) alcanzado por la división del Gral. Tapia contra las fuerzas que acaudillaban, Miramon, Márquez, Zuloaga, y otros de los principales jefes del partido conservador. En diciembre de ese año dejó la cartera de guerra para encargarse del mando de una división en el ejército de Oriente, que le recibió con entusiasmo.

Hemos llegado a la época más gloriosa de la vida del inmortal caudillo mexicano. Cedemos con placer la palabra, para narrarla al integérrimo magistrado, al eminente publicista, al grande orador D. José María Iglesias.

"Rotos los preliminares de la Soledad por una perfidia más que púnica—dice—el general mexicano demostró en los campos de batalla que su entereza anterior había sido la simple manifestación del heroico ardimiento en que rebosaba su corazón. La defensa de las Cumbres de Acultzingo [28 de Abril de 1862] emprendida con el solo objeto de causar daño al enemigo

go, sin oponerle una resistencia tenaz, corroboró la idea de que los soldados mexicanos son capaces de luchar con cualesquiera otros cuando los conducen jefes como Zaragoza y como Arteaga. El principio de las hostilidades anunciaba el triunfo que poco después debían alcanzar nuestras armas. Ese triunfo es el solemne, el grandioso, el inolvidable 5 de Mayo. La memoria de ese día será eterna para nosotros, como la es la del 15 de Septiembre de 1810, la del 27 de Septiembre de 1821, la del 11 de Septiembre de 1829. Años enteros de desastres y de infortunios se olvidan y quedan compensados con esos días, a la vez fugaces y perdurables, en que ha bañado a México la luz resplandeciente de la dicha, de la gloria de la inmortalidad. ¿Quién no recuerda la inmensa ansiedad que se apoderó de esta población cuando el hilo telegráfico anunció el ataque del cerro de Guadalupe? Pendientes del resultado, nuestra vida se concentró en los mensajes que iban dando a conocer lo que pasaba.

Asistíamos desde aquí al combate, atendíamos a sus peripecias, oíamos el estruendo del cañón, lamentábamos nuestras pérdidas, fluctuábamos entre el temor y la esperanza. La noticia de la victoria puso sello a tantas emociones con la más grata, con la más pura de todas. Los que la sintieron la comprenderán; la palabra es impotente para expresarla. La importancia del triunfo del 5 de Mayo parece mayor cada vez que se medita en sus grandes consecuencias.

“Con él se dió una severa lección al enemigo, que encontró leones donde pensaba hallar gamos. Con él salvó la honra nacional, que habría quedado lacerada, si nos hubiera impuesto la ley un puñado de invasores. Con él se obtuvo ante el mundo la vindicación del nombre mexicano, que será en lo sucesivo pronunciado con respeto, como el de un pueblo que sabe luchar y morir en defensa de su independencia. Tal vez las negras nubes del infortunio cubrirán el horizonte de nuestra patria; pero tras ellas estará, y acabará por romperlas, para aparecer radiante y deslumbrador, ese sol del 5 de Mayo que alumbró la victoria de los hijos de México sobre los vencedores de cien combates. El éxi-

to de la batalla fué tanto más apreciado cuanto menos se esperaba. No había en el extranjero quien lo creyera posible; nadie calculaba que el ejército francés fuese detenido en su marcha triunfal hacia la capital de la República. Entre nosotros mismos la idea que generalmente predominaba era la que sería ineficaz la resistencia; y más bien que contar con un triunfo poco probable, se limitaba el voto patriótico a sucumbir con gloria. Pocos mexicanos abrigaban esa fé que obra grandes prodigios en todo, y en ninguno descollaba de una manera tan patente como en el digno General que ni un momento dudó de la buena causa. Había algo providencial en esa creencia firme, inalterable, que auguraba el desenlace más halagüeño y duplicaba el aliento de los bravos soldados que exponían su vida por obtenerlo.”

Antes de continuar, conviene decir que el ejército de Oriente, al presentarse los franceses frente a los cerros de Guadalupe y Loreto, en Puebla, se encontraba en un estado lastimoso, a pesar de los repetidos avisos que el General Zaragoza había dado al Gobierno. De manera que otro jefe menos intrépido y menos subordinado que Zaragoza habría abandonado sus posiciones temiendo una derrota. El mismo decía pocos días antes, en una carta a un amigo suyo, lo siguiente:

“Con la tenacidad de un limosnero, desde el 8 de Marzo estoy predicando al Gobierno la mala fé de los franceses, la necesidad de que nos preparemos con tiempo y el urgente envío de fuerzas respetables; pero quizás por imposibilidad no se ha atendido, y hoy me encuentro a la vista del enemigo extranjero con un puñado de valientes dignos de mejor suerte; todos desnudos, muertos de hambre y que no será remoto sucumban, aunque ffo mucho en su bravura y entusiasmo.”

Afortunadamente la victoria coronó aquel esfuerzo. Personas demasiado exigentes se han atrevido acusar a Zaragoza de no haber perseguido a los franceses después de la derrota para destruirlos de una manera efectiva y completa. Los que tal han dicho olvidan qué, qué usando de las mismas palabras del invicto

general, "los franceses tenían, derrotados como estaban, mayor fuerza numérica que la suya".

Las demostraciones de que fué objeto después del triunfo, no alteraron en lo más mínimo su carácter modesto. Prueba irrecusable de lo que decimos es el parte oficial de la batalla del 5 de Mayo; documento histórico de inapreciable valor que constituye por sí solo uno de los timbres más gloriosos de nuestra patria y del joven caudillo mexicano.

Asuntos del servicio le trajeron a la capital en Agosto de 1862. Aquí fué recibido cual merecía serlo un hombre a quien estaba obligada la gratitud nacional. Termina los los asuntos que viniera arreglar, regresó a Acultzingo, en cuyas cumbres se encontraba el ejército defensor de la independencia. Allí fué atacado de la terrible fiebre tifoidea que le condujo al sepulcro. El día 8 de Septiembre de 1862 fué un día de luto para la patria, porque la muerte de Zaragoza en cualquier circunstancia habría sido una pérdida grande para México, pero en aquellos días en que estaba el rodeado de tan esplendido prestigio, era irreparable.

La muerte de Zaragoza fué el principio de su inmortalidad. El bajó al sepulcro puro y sin mancha, con la frente ceñida de laureles y antes de probar la ingratitude de los Gobiernos, la indiferencia del pueblo que había defendido. Zaragoza murió sin haber puesto su brazo al servicio de las revoluciones mezquinas de partido; sin que la envidia le hubiese herido y le hubiese arrojado al olvido en medio de una sociedad que tan fácilmente desprecia hoy el ídolo que ayer incensaba. —F. SOSA.

"EL C. BENITO JUAREZ, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que en uso de las facultades de que me hallo investido, he tenido a bien decretar lo siguiente:

Art. 1º Se declara BENEMERITO DE LA PATRIA EN GRADO HEROICO, al C. General Ignacio Zaragoza.

Art. 2º Su nombre se inscribirá con letras de oro en el Salón de Sesiones del Congreso de la Unión.

Art. 3º Se declara que mereció el ascenso al empleo de General de División, y se le considerará con tal carácter desde el día 5 de Mayo del corriente año, por los eminentes servicios que prestó a la Nación en la guerra actual contra el invasor extranjero, principalmente por el triunfo obtenido contra él en el día mencionado.

Art. 4º Como muestra de reconocimiento nacional, se dota a la hija de este ilustre Ciudadano con la cantidad de cien mil pesos, que se le entregarán en bienes nacionalizados; y mientras ésto no se efectúe, se le asigna una pensión anual de seis mil pesos, cuyo pago se verificará en la ciudad de México en la misma proporción que los concierne a la guarnición de la plaza, en cuyo presupuesto quedará comprendido.

Art. 5º En los mismos términos se satisfará a la señora madre del General una pensión vitalicia de tres mil pesos anuales, y a las señoras sus hermanas, pensiones de la misma clase, que unidas sumen tres mil pesos anuales.

Art. 6º Desde la publicación de este decreto la ciudad de Puebla llevará el nombre de: "Puebla de Zaragoza".

Art. 7º El Ayuntamiento de la capital dictará las providencias que sean de su resorte para que las calles de la Acequia donde vivió el General, y la recientemente abierta en el ex-convento de la Profesa se llamen en lo sucesivo de "Zaragoza" la primera y "del 5 de Mayo" la segunda.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Dado en el Palacio de Gobierno Nacional en México, a 11 de Septiembre de 1862. —BENITO JUAREZ.